

## □ **Prólogo — Cuando el pensamiento no avisa**

Hay pensamientos que se forman en silencio, sin pedir permiso a la conciencia. Saberes que no pasan por el cálculo ni por la comparación, que no razonan ni argumentan, pero que, de algún modo, aciertan. A eso lo llamamos intuición. No siempre sabemos de dónde viene ni por qué confiamos en ella, pero cuando llega, interrumpe el curso regular de las cosas. Es un desvío sin mapa, un atajo sin origen.

Este libro no intenta definir qué es la intuición. No porque no podamos intentarlo, sino porque toda definición la empobrece. La intuición no es un concepto que se explique; es un fenómeno que se muestra. Por eso, el modo que elegimos para abordarla no es el tratado ni la taxonomía, sino la escena.

Cada capítulo de este libro parte de una situación concreta, reconocible o inquietante, donde la intuición se manifiesta como gesto, decisión, símbolo, relámpago o corte. No se trata de una historia lineal ni de una teoría unificada. Es más bien un recorrido por momentos en los que el pensamiento aparece sin anunciarse: en el laboratorio del científico, en el cuerpo del bailarín, en la escucha del analista, en la visión del místico, en el algoritmo que simula, en la palabra que no encuentra explicación pero insiste en su verdad.

En lugar de preguntar qué es la intuición, nos preguntamos: **¿cuándo aparece?, ¿cómo se despliega?, ¿qué nos exige de nosotros mismos?**. A veces toma la forma de una certeza súbita; otras, de una duda fértil. A veces irrumpe como una imagen enigmática; otras, como una decisión sin porqué. Y a veces, simplemente, como un saber que el cuerpo ya conocía.

Este enfoque está lejos de ser neutral. Intuición no es solo una forma de conocer: también es una forma de resistir. En un mundo que todo lo mide, que exige pruebas y protocolos, la intuición desobedece. Es la zona salvaje del pensamiento, el fragmento no domesticado por la lógica, el vestigio de un saber que no necesita justificación para operar.

A través de estas escenas, el lector no encontrará una respuesta definitiva. Pero tal vez reconozca algo propio. Algún instante vivido en el que supo, antes de saber. Tal vez, si hay suerte, este libro despierte intuiciones dormidas. O simplemente, habilite la pregunta: **¿y si pensar no fuera siempre saber?**

## □ **Capítulo 1 — Lo que aparece antes de tener forma**

### **El relámpago del descubrimiento**

Hay momentos en que la solución se presenta de golpe, sin aviso, como si siempre hubiera estado allí. El científico camina por la calle, se detiene frente a una panadería, y de pronto —sin saber por qué— sabe. Sabe cómo resolver la ecuación, cómo reformular el problema, cómo encajar el elemento que faltaba. La mente no razona: salta.

Este tipo de episodio, a veces trivial, a veces fundacional, ha sido narrado hasta el cansancio en la historia de la ciencia. Arquímedes gritando *Eureka* en la bañera. Kekulé soñando con una serpiente que se muerde la cola. Poincaré reconociendo que sus mejores ideas le llegaban en los intervalos no productivos, mientras subía a un ómnibus o caminaba por la costa. El hallazgo no ocurría frente al papel ni en medio del esfuerzo: ocurría cuando ya no pensaba activamente. Como si el pensamiento necesitara ser abandonado para poder operar.

No se trata de milagro ni de azar. Tampoco es mera inspiración. Hay un trabajo silencioso que prepara esa irrupción. Henri Poincaré lo describió con lucidez: la intuición científica nace del inconsciente, pero no de un inconsciente cualquiera —sino de uno *cultivado*. Un inconsciente que

ha sido alimentado con problemas, hipótesis, pruebas fallidas y límites teóricos. Luego, en algún punto, ese material se reconfigura por su cuenta y emerge en forma de intuición.

Charles S. Peirce llamó a este movimiento **abducción**: la forma de razonamiento en que se propone una hipótesis plausible para explicar un fenómeno sin que aún pueda ser demostrada. No es deducción (donde la conclusión se sigue necesariamente), ni inducción (donde se generaliza desde la experiencia). La abducción es un salto entre lo visible y lo no pensado. Una forma de saber que se arriesga.

Este tipo de intuición no siempre es verdadera. Puede equivocarse. Pero lo decisivo no es su contenido, sino su función: **interrumpir la lógica del procedimiento**, abrir una nueva vía en el campo cerrado del problema. Lo intuitivo aparece cuando el pensamiento se agota, cuando el camino lógico no lleva más allá. Es una forma de cortar con la linealidad del método y devolver al pensamiento su potencia creativa.

No toda intuición científica ocurre en soledad. A veces se gesta en diálogo, en conversación lateral, en contacto con otro saber. La escena del laboratorio no siempre es un escenario de control: también puede ser el lugar donde una asociación inusual desordena el protocolo. La intuición no se opone al conocimiento, pero sí al conocimiento domesticado.

En tiempos de producción constante, donde se exige demostrar, fundamentar, optimizar cada resultado, la intuición parece casi un lujo: una forma de pensamiento inútil, no cuantificable, no programable. Pero sin ella no hay novedad. La intuición es el modo en que algo *nuevo* puede aparecer sin haber sido previamente calculado. Es el punto de fractura en el sistema, lo que no se deduce de lo anterior, lo que aparece antes de tener forma.

El científico no siempre puede explicar cómo llegó a la solución. A veces, incluso, inventa una justificación retrospectiva. Pero en ese instante inicial —cuando aún no sabe cómo argumentar, pero ya lo ve— hay algo sagrado, algo que no pertenece del todo al lenguaje. Ese instante es el que este capítulo quiere sostener: el momento en que el saber aparece, no como consecuencia, sino como *fulgor*.

## □ Capítulo 2 — *El cuerpo que sabe sin pensarse*

### **Gesto, ritmo, trazo**

Una bailarina ensaya. El coreógrafo da una indicación ambigua: *“más aire entre los pasos”*. No dice qué hacer, ni cómo. Ella no lo piensa. Simplemente, lo hace. El cuerpo responde sin cálculo, como si ya supiera a qué se refiere. No hay reflexión consciente, ni formulación previa. Solo una comprensión inmediata que se despliega en movimiento.

La intuición, en este caso, no es una idea. Es un **gesto**.

Mucho antes de que pensemos con conceptos, pensamos con el cuerpo. No como metáfora, sino como experiencia viva. El bebé que estira los brazos hacia lo que desea, el músico que toca sin partitura, la pintora que traza una línea sin corregirla. Hay allí un saber que no se articula en palabras, pero que organiza el mundo.

Maurice Merleau-Ponty lo llamó **saber encarnado**: una inteligencia del cuerpo que no se reduce a reflejo ni a hábito. No es automatismo, ni instinto, ni mera destreza adquirida. Es una sensibilidad organizada que, sin que lo sepamos, toma decisiones, anticipa, calibra, corrige, improvisa. El cuerpo no ejecuta órdenes de la mente: *sabe* antes que ella.

El arte es uno de los lugares donde este tipo de intuición se vuelve visible. La pincelada que surge sin que el pintor pueda explicar por qué eligió ese trazo. El acorde que aparece en la improvisación, sin haber sido pensado. La cámara que se detiene justo antes del movimiento

esperado. Todo arte auténtico, más allá de la técnica, contiene un elemento de **intuición sin deliberación**.

Henri Bergson, en su crítica a la inteligencia abstracta, proponía a la intuición como el método filosófico capaz de aprehender la duración real de las cosas. Pero no se refería solo a un método intelectual. En el fondo, pensaba también en la afinación corporal, en ese modo de sincronizarse con la vida sin reducirla a conceptos. La intuición, para Bergson, es una forma de estar en el tiempo.

El bailarín no piensa cada músculo. El actor no calcula cada emoción. El gesto ocurre antes de ser representado. Y sin embargo, está lleno de sentido. No hay duda: hay precisión. Es en ese tipo de actos donde aparece una intuición **rítmica, kinesférica, inmediata**, que no viene después de nada: *es el movimiento mismo*.

En la danza, en la caligrafía japonesa, en la improvisación jazzística, la intuición no es un momento excepcional. Es el modo mismo de actuar. No hay plan, ni error, ni corrección. Hay una escucha en tiempo real de lo que el cuerpo hace, y eso basta. Cada gesto *responde* a algo que no ha sido formulado. Cada línea *sabe* por dónde ir.

Incluso en la vida cotidiana —al caminar, al cocinar, al cuidar de otro— aparecen estas decisiones mínimas que no pasaron por el razonamiento. Ajustamos el paso al suelo irregular, retiramos la mano justo a tiempo, percibimos que alguien nos mira antes de girar la cabeza. No lo pensamos: lo hacemos. Y sin embargo, pensamos.

La intuición corporal no tiene por qué ser mística ni inefable. Es concreta, precisa, situada. Pero no se puede reducir a algoritmo ni explicar del todo. En su núcleo, hay una especie de certeza sin lenguaje: *un saber que no necesita decirse para operar*. Y en tiempos donde todo debe justificarse, ese saber es profundamente político.

Quizás por eso nos cuesta tanto confiar en él.

Continuamos con el **Capítulo 3** de *Escenas de Intuición*, que aborda la **intuición simbólica, imaginal y arquetípica**. Este capítulo explora cómo la intuición se manifiesta en símbolos, sueños y visiones, no como mensajes codificados, sino como **experiencias directas de sentido** que no piden ser traducidas, sino sostenidas.

---

### □ Capítulo 3 — *El símbolo que no pide traducción*

#### **Sueños, arquetipos, visiones**

Un hombre sueña con una ciudad sumergida. No sabe qué significa, pero al despertar, el sueño lo sigue. No es una imagen cualquiera. Hay algo ahí —un clima, una resonancia, una verdad sin frase— que no lo abandona. No tiene una explicación, pero sabe que lo toca.

Así actúan los símbolos: **no dicen lo que significan, sino que hacen algo en nosotros**. Y eso que hacen es, muchas veces, una forma de intuición.

---

Carl Gustav Jung decía que los símbolos no son signos a descifrar, sino **puertas a lo que no puede decirse**. El símbolo no se traduce: se vive. Surge cuando la conciencia entra en contacto con algo que la sobrepasa. Y para poder sostenerlo, necesita una forma: una imagen, un gesto,

una escena. Los sueños, las visiones, los mitos no son ilusiones: son modos intuitivos de captar lo esencial.

Hay una intuición que no viene del razonamiento ni del cuerpo, sino del fondo común que compartimos como especie. Jung lo llamó **inconsciente colectivo**, un campo donde viven estructuras arquetípicas: madre, sombra, laberinto, fuego, doble. No son figuras cerradas ni universales en su sentido, pero tienen una energía que opera por sí misma. Ver un símbolo no es ver un dibujo: es ser atravesado por una estructura que ya nos habita.

Mircea Eliade, por su parte, mostró cómo en muchas culturas el símbolo no representa, sino **actualiza**: hacer un rito no es recordar algo, sino revivirlo. Así también opera la intuición simbólica: no se comprende, se repite. No se analiza, se reencarna.

El arte sacro, los mandalas, los poemas visionarios, los mitos antiguos: todos son intentos de dejar que hable eso que no tiene voz. Una imagen puede traer una verdad que la teoría no alcanza. Pero para que eso ocurra, no basta verla. **Hay que dejarse tocar por ella.**

La mente que busca entender inmediatamente, que exige sentido y explicación, no puede alojar la intuición simbólica. Porque aquí, el sentido no se da de una vez. Se revela lentamente, por capas, como si solo al habitar la imagen pudiera irse abriendo su verdad.

El símbolo no pide ser comprendido. Pide ser sostenido.

Esto no significa que los símbolos sean mágicos ni que tengan significados ocultos que un experto pueda descifrar. Significa que son modos de organización de la experiencia que apelan a otro tipo de saber: uno que no se afirma en la evidencia, sino en la **presencia interior**. Una verdad que no se impone, pero que insiste.

Bachelard decía que la imaginación no es evasión, sino una forma de exactitud profunda. El símbolo es esa imaginación condensada, viva, que opera cuando el lenguaje literal fracasa. Es entonces cuando aparece la intuición: no como acto de entender, sino como forma de **dejar entrar**.

En muchas tradiciones, la intuición no está separada del símbolo. En el sufismo, el conocimiento más alto (*'ilm laduni*) se recibe como luz directa del corazón. En el vedanta, la visión (*darśana*) no es ver con los ojos, sino recibir una forma de verdad. En la Cábala, el Árbol de la Vida no se estudia: se medita, se transita, se encarna.

Quizá, entonces, no se trata de interpretar los símbolos, sino de aprender a vivir con ellos. De reconocer que no todo debe ser traducido para ser verdadero. Y que hay intuiciones que no necesitan palabras: solo imágenes que nos sigan mirando, aunque hayamos cerrado los ojos.

#### □ Capítulo 4 — *El analista que no comprende*

##### **El saber del silencio**

Un paciente habla. Titubea, rodea, se repite. El sentido parece cercano, pero no llega. El analista escucha, pero no interpreta. No porque no pueda, sino porque no debe. Hay un saber en juego, pero no es el del entendimiento. Es el del silencio.

Esta escena se aleja de toda idea de intuición como iluminación o claridad. Aquí, intuir es **no ceder a la tentación de comprender demasiado rápido**. Intuir es quedarse ahí, en el punto donde el lenguaje se quiebra. Y no rellenarlo.

En la tradición hermenéutica, comprender es el gesto por excelencia: reconstruir la intención del otro, darle sentido a lo que dice, tender puentes. Wilhelm Dilthey pensaba que el alma humana era comprensible a través de la vivencia (*Erlebnis*). Entender al otro era entrar en su mundo interno, “revivirlo”.

Pero Jacques Lacan vino a romper con ese gesto. Para él, la comprensión es, muchas veces, un **obstáculo clínico**. Porque el analista que comprende demasiado rápido —que empatiza, que completa, que traduce— impide que el sujeto se confronte con lo que no sabe de sí. La tarea del analista no es entender: es **sostener el enigma**.

Lacan propone un tipo de intuición que no aclara, sino que interrumpe. Una intuición estructural, podríamos decir: no intuitiva en el sentido emocional, sino en el sentido topológico. Intuir no lo que el paciente “quiso decir”, sino el lugar desde donde habla, las fracturas de su discurso, los puntos donde el significante tropieza.

El silencio del analista no es vacío. Es forma activa de atención. No escuchar para responder, sino para **permitir que algo surja**. La clínica lacaniana propone una ética: no entender antes de tiempo. No colmar el vacío con sentido. Aceptar que la intuición más radical es la que se abstiene de operar.

A veces, ese silencio se vuelve casi insoportable. Porque el paciente demanda sentido, pide alivio, quiere saber. Pero si el analista se apresura a darlo, lo aleja de su verdad. Es en el borde de lo no entendido donde puede aparecer otra cosa. No una explicación, sino un giro. Una ruptura. Un acto.

Esta forma de intuición no es espontánea ni mística. Es un efecto de la formación, del control clínico, del deseo del analista. No es empatía, no es presentimiento, no es “yo sé lo que te pasa”. Es el contrario. Es “no sé, pero escucho desde el no saber”.

Y ahí, a veces, ocurre algo. El paciente dice algo que no había dicho nunca. Una palabra que no esperaba. Un lapsus, un chiste, una frase sin dueño. Y el analista, en lugar de interpretarla, **la deja caer como una piedra en el agua**. A veces, eso basta.

En este tipo de escena, la intuición es una forma de **ética del vacío**. Saber cuándo no intervenir. Saber cuándo el sentido es un enemigo. Saber que hay verdades que solo aparecen cuando nadie las busca.

Quizá por eso, el analista que no comprende es el que más sabe. Porque no espera nada, y en ese espacio abierto, algo se dice.

En el **Capítulo 5** nos desplazamos hacia la escena de la **decisión**, ese momento en que se actúa sin tener razones completamente formuladas. Aquí, la intuición se presenta no como imagen ni silencio, sino como **acto sin porqué**, como una forma de saber en la urgencia, en el cuerpo, en lo ético.

---

## □ Capítulo 5 — *La decisión sin porqué*

### **La urgencia que no espera razones**

Hay decisiones que no se piensan. Se toman. Sin garantías, sin claridad, sin tiempo para ponderar. Algo ocurre, y alguien actúa. El instante se abre, y dentro de ese espacio reducido, donde el cálculo no alcanza, aparece una forma de saber. No es racional, pero tampoco irracional. Es una certeza sin contenido, un impulso que no se explica, pero que sabe.

Ese saber se llama intuición.

Una médica debe decidir en segundos si opera. Una madre reacciona antes de entender que su hijo está en peligro. Un juez escucha un testimonio y, aunque no hay pruebas suficientes, intuye

que algo no encaja. Un comandante detiene una orden que era lógica, pero que no “siente” correcta. Una persona, de repente, cambia de rumbo, sin saber por qué.

En todos esos casos, la intuición no es una forma de premonición. Tampoco es una emoción pura. Es un saber **encarnado, situado, relacional**. Un saber que no pasa por la justificación, pero que guía la acción. Antonio Damasio lo describió con precisión: **el cuerpo toma decisiones antes que la mente las formule**. Las emociones, los estados somáticos, los rastros de experiencias previas trabajan en segundo plano. Y en algún momento, el cuerpo dice: *ahora*.

No se trata de magia ni de impulso ciego. Es más bien una economía profunda del saber: una forma de atajo basada en una acumulación invisible de experiencia, percepción y memoria.

Michael Polanyi hablaba de “conocimiento tácito”: sabemos más de lo que podemos decir. Esa asimetría entre lo que operamos y lo que articulamos se vuelve especialmente visible en la decisión. Porque la decisión ocurre **antes de que podamos justificarla**. Incluso cuando luego la expliquemos, ya ha sucedido. Y muchas veces, la explicación llega como un disfraz del acto.

Hay decisiones que incluso van contra los datos, contra la lógica, contra la evidencia. Y sin embargo, resultan acertadas. ¿Cómo distinguir entre una corazonada lúcida y un error impulsivo? No hay regla. Porque la intuición no es confiable en el sentido estadístico. Pero hay decisiones que, si se hubieran pensado más, habrían fracasado. La intuición, en ese punto, no es un recurso: es una necesidad.

También hay decisiones morales o existenciales que funcionan así. Hannah Arendt decía que el juicio no es una aplicación de normas, sino una capacidad de orientarse sin reglas. No hay tiempo ni manual para decidir qué hacer frente al horror, a la injusticia, a la vida que se quiebra. Hay que elegir. Y esa elección es una forma de pensar que no tiene forma de argumento. Es **intuición ética**.

En momentos así, no hay garantías. El que decide lo hace con el cuerpo entero. Y responde por eso, incluso si no puede decir por qué. Esa es la responsabilidad: no de quien demuestra, sino de quien **actúa sin saber del todo, pero sabiendo que no puede no actuar**.

La intuición no es infalible. Pero hay situaciones donde no tenerla es peor. Porque la espera del dato perfecto, del análisis completo, paraliza. Y a veces, lo único que puede movernos es ese saber silencioso que nos dice *ya es hora*.

En esas decisiones sin porqué, donde no hay justificación previa, se juega lo más humano. Porque ahí no hay algoritmo, no hay repetición, no hay receta. Hay acto.

Y todo acto verdadero nace de un instante donde el saber no es dicho, pero sí decisivo.

Continuamos con el **Capítulo 6**, donde la intuición se traslada al territorio más problemático y actual: el de las **máquinas, algoritmos y simulaciones**. ¿Puede una inteligencia artificial intuir? ¿O solo imita algo que parece intuición desde fuera? Este capítulo despliega esa pregunta sin cerrarla, y la rodea desde la filosofía, la técnica y la ambigüedad.

---

## □ Capítulo 6 — *La máquina que casi intuye*

### Entre cálculo y abismo

Una red neuronal detecta con precisión un tumor que ningún radiólogo había visto. Un algoritmo predice con asombrosa exactitud qué usuario está por abandonar una plataforma. Un sistema

genera una imagen que representa, de forma inquietantemente precisa, lo que alguien tenía en la cabeza pero no sabía cómo expresar.

Entonces surge la pregunta: **¿está intuyendo la máquina?**

A primera vista, parecería que sí. Las máquinas no siguen reglas fijas, no evalúan paso por paso, no operan como el razonamiento clásico. Aprenden, generalizan, improvisan. ¿No es eso, acaso, lo que llamamos intuición?

Pero hay una diferencia clave. La máquina no **sabe** que sabe. No hay experiencia, no hay conciencia, no hay cuerpo. Lo que vemos como intuición es, en realidad, un sistema de correlaciones, una estadística profunda, una probabilidad entrenada a partir de millones de datos.

Los modelos actuales —como los de deep learning— no calculan como una lógica simbólica. Funcionan más bien como una red distribuida, flexible, plástica. Captan patrones, desvíos, matices. Pueden reconocer lo que ni siquiera nosotros sabíamos que estaba allí. Pero esa potencia no equivale a intuición. Es una **simulación del efecto externo de la intuición**, sin su interioridad.

Podemos decir que la IA *fabrica intuiciones sintéticas*. Son rápidas, eficaces, a menudo sorprendentes. Pero no provienen de una experiencia sentida ni de una forma de saber encarnado. No emergen de un inconsciente cultivado, como en el caso del científico o del artista. Surgen de un proceso de ajuste interno a una base de datos masiva, sin mundo vivido.

El filósofo Bernard Stiegler advertía que la técnica no es una extensión del humano, sino también su riesgo: al tercerizar funciones mentales —memoria, juicio, percepción—, el sujeto puede perder el vínculo con su propio gesto. Si dejamos que las máquinas *decidan por nosotros*, ¿perdemos también el espacio de la intuición?

Y sin embargo, las máquinas nos enseñan algo sobre nuestra propia intuición. Nos muestran cuán opaca es. Cuánto de lo que creemos “propio” es, en realidad, el efecto de repeticiones previas, de correlaciones invisibles. En ese sentido, el algoritmo no reemplaza nuestra intuición: **la refleja desde fuera**. Y al hacerlo, nos obliga a repensar qué es lo específicamente humano de ese saber sin razones.

¿Es la intuición un efecto emergente de complejidad? ¿Una forma de atención distribuida? ¿Un tipo de sensibilidad algorítmica aún inimitable? ¿O es, simplemente, algo que las máquinas pueden imitar hasta el punto de que ya no importe si lo sienten?

Quizá la respuesta esté menos en lo que la máquina puede o no hacer, y más en lo que nosotros elegimos seguir haciendo. Porque aun si las máquinas pueden detectar, predecir y sugerir mejor que nosotros, todavía no pueden **responder desde un deseo**. No pueden actuar desde la incertidumbre radical. No pueden sostener un silencio clínico, ni decidir sin garantías. No pueden intuir lo que aún no ha pasado.

Pueden simular la intuición. Pero no pueden sostener la responsabilidad que conlleva.

Y tal vez, eso sea lo que verdaderamente nos distingue.

## □ Capítulo 7 — *Lo que resiste al saber autorizado*

### **La intuición como saber silenciado**

Hay momentos en los que alguien sabe. Sabe que algo está mal, aunque no pueda probarlo. Sabe que una palabra no le alcanza, que una teoría no le sirve. Sabe que el lenguaje que le ofrecen no le devuelve el mundo. Ese saber no siempre es claro, ni demostrable, ni autorizado. Pero insiste. Y muchas veces, ha sido llamado intuición.

No la intuición de los genios, ni la de los estrategas, ni la de los artistas consagrados. Sino otra intuición: **la del cuerpo excluido, la de la experiencia despreciada, la de lo que no encaja en el marco dominante del saber.**

Durante siglos, los saberes intuitivos de mujeres, pueblos indígenas, cuerpos racializados, disidencias y periferias han sido reducidos a superstición, emoción, debilidad o irracionalidad. No porque fueran falsos, sino porque **no hablaban el lenguaje del poder.**

La colonialidad del saber —como la llama Boaventura de Sousa Santos— no solo impuso contenidos, sino también formas válidas de conocer. Todo lo que no podía ser cuantificado, verificado, replicado o representado en categorías europeas fue borrado o infantilizado. Así, **la intuición colectiva, corporal, relacional** fue arrinconada como "no conocimiento".

Pero ahí, en ese arrinconamiento, la intuición resistió. Persistió como forma de orientación en el mundo, como manera de leer lo invisible, como saber de la tierra, del vínculo, del peligro, del dolor. Persistió como **modo de habitar el presente sin garantías conceptuales**, pero con una sabiduría tejida en siglos de experiencia.

Las feministas decoloniales como María Lugones han mostrado que hay formas de pensar que no pasan por el argumento, sino por la coalición, por la escucha lateral, por el reconocimiento encarnado. Donna Haraway habló del "conocimiento situado": saberes que no se pretenden universales, pero que conocen desde el cuerpo, desde el contexto, desde la vida concreta.

Esa intuición no es esencialista ni anti-intelectual. Es una forma de conocimiento crítica, compleja, viva. Y es, además, una forma de **decir lo que no tiene todavía palabras** en el sistema dominante.

Una madre que siente que su hijo no está bien, aunque todos los estudios digan lo contrario. Una comunidad que sabe que el agua está cambiando, aunque el laboratorio aún no lo detecte. Una activista que intuye que algo en el discurso progresista ya no sirve. Una curandera que reconoce síntomas en la piel antes de que aparezca la enfermedad. Un cuerpo que sabe cuándo callar en una reunión donde todo está en juego.

Esos saberes no se enseñan en las universidades. Pero sin ellos, **el mundo se vuelve ilegible para muchos.** Y es desde allí que la intuición se convierte en una herramienta política: no por lo que revela, sino por **cómo interrumpe la lógica que decide qué cuenta como saber.**

La intuición, en esta escena, no es sólo un acto interior. Es una forma de vida. Una forma de decir: "yo también sé, aunque ustedes no puedan leerme". Es una epistemología en acto. Un modo de rearmar el mundo desde los márgenes.

Y tal vez por eso, es la más urgente de todas.

Cerramos este recorrido con un **epílogo** que no busca concluir ni resumir, sino **dejar una resonancia**, una apertura que mantenga viva la pregunta. La intuición, a lo largo del libro, ha aparecido como gesto, silencio, visión, decisión, simulacro, y resistencia. El epílogo sostiene ese poliedro sin clausurarlo.

---

#### □ **Epílogo — No saber es también una forma de atención**

Hay saberes que no se aprenden, porque ya estaban antes. Saberes que no se justifican, porque no lo necesitan. Saberes que no llegan en el tiempo del argumento, sino en el de la presencia. A eso lo hemos llamado intuición. Pero quizá ese nombre sea demasiado pequeño para lo que señala.



A lo largo de estas escenas, hemos recorrido formas diversas de intuición: la que fulgura en el descubrimiento, la que se encarna en el gesto, la que habita en los símbolos, la que calla en el consultorio, la que actúa sin porqué, la que simulan las máquinas, la que resiste desde los márgenes.

No hay una sola intuición. Ni un solo modo de pensarla. Lo que hay es una **forma de atención que no espera garantías**, una manera de dejar que algo emerja sin apurarlo, de sostener el sentido sin capturarlo del todo.

La intuición no es un recurso alternativo. No es una “otra forma de conocer” al lado de las demás. Es, en muchos casos, **el fundamento invisible del saber**. Lo que no se dice pero sostiene la palabra. Lo que no se enseña pero permite aprender. Lo que no se demuestra pero permite decidir.

Y sin embargo, sigue siendo sospechosa. En un mundo obsesionado con la validación, la transparencia, la eficacia, la intuición incomoda. No porque sea irracional, sino porque es irreductible. Porque recuerda que **no todo saber puede volverse sistema**. Que no todo pensamiento es lógico. Que no todo lo verdadero pasa por la prueba.

Quizá, entonces, el desafío no sea definir qué es la intuición, sino **aprender a convivir con ella sin pedirle que se explique**. Dejarla operar. Dejarla aparecer. No como mística, ni como excepción, ni como debilidad. Sino como **otra forma de estar en el mundo**. Más permeable. Menos segura. Pero más abierta.

Saber no saber. Y desde ahí, pensar.